



CAPÍTULO VIII

EN EL QUE SE SACAN A LUZ DISTINTAMENTE LA DESESPERACIÓN DEL
INFORTUNADO AMANTE Y LOS CONSUELOS QUE LE PRODIGARON
SUS AMIGOS.

¡Alza, Dios, tu ira y cómo y de qué manera, en justo y en creyente, arrebatóse y enfurecióse nuestro desdichado doncel Palatino mientras fué bebiendo en la narración la noticia de su infortunio!

¡Allí fueron las ansias y dolores!

¡Hágase cuenta de lo que a su alma le fué dado padecer en un momento, aquel que en alguna ocasión se haya visto empozado en el acerbo piélago de los tristes recuerdos!

A duras penas había podido tirar las riendas a su angustia e impaciencia, dado caso de que tan y mientras el anciano anduvo con su relato adelante, se fué bosquejando en su rostro la cólera que hervía a borbotones en su corazón, no sabiendo, de los varios pensamientos que se agolpaban en su mente, a cuál de ellos darle la preferencia, si a su truncado amor, al desgraciado trance en que se veía puesta su amada o al sangriento ultraje que tan ruines y abyectos personajes habían puesto por obra, no faltando sino un tris para que se le trastocase el juicio.

Aunque ya estaba dispuesto a recibir lo que viniere, sin alteración de ánimo, bebiendo la hiel hasta las heces, sintiendo dentro del pecho los amargos tragos y dándose con dolor golpes de pecho, arrancósele el alma a tal punto, que sin ser parte a trabancan los muros a la adversidad, poner díques al copioso torrente de sus lágrimas ni ahogar en los labios los desgarradores suspiros que a ellos afloraban, al sentir que este atroz infortunio le sumía en el colmo de la desdicha, cayó a tierra como fulminado por un rayo, sintiéndose como aquél a quien fortuna tiene atajado todos los pasos de su remedio, por volver y revolver muchas veces en su pecho que estaba su amada perdida para siempre.

Atravesándosele temores de no recobrarla jamás, y después de haber pasado una gran batalla dentro de su pecho, dió rienda suelta a su dolor y desesperación en tanto que exclamaba amargamente de tal guisa, al par que volvía la vista al cielo y reventaba su corazón por los ojos desahaciéndose en lágrimas:

—¡Ah, fortuna cruel y despiadada! ¡Cosa alguna me podía suceder de mayor azar! ¡Y que no hubiese llegado tan sólo unas horas antes! ¡Ah, pecador de mí a Dios, cómo me duelo de mi yerro! ¡El corazón me lo daba como présaga que no debía alzar la mano de prenda tan codiciada y que el día que partido me fuí de sus amorosos brazos habría de ser el postrero en verla! ¡Mas, págolo ahora con las setenas! ¡Oh, adorada Áurea! ¡Qué cruel designio te desamparó de mis brazos? ¿De qué me sirve ya dar largas a vida que tan aborrecida me es? ¡Oh, cielos, cómo saben dar de lleno estos puñales! ¡No estaba de Dios que llevara a buen puerto mi ambiciosa pretensión de lograr al fin y a la postre la dama de mis pensamientos! ¡Oh, nefando trueque, el más infausto y desgraciado, que me haces pasar de la clara luz del alegre día a las tenebrosas sombras de una noche sin fin, en que, para mayor crueldad, agonizo y nunca muero y en el que aquel camino de amor, dicha, paz y gozo, se ha convertido de repente en abrupto sendero sembrado de penas, llantos, venganzas y negros días de padecimiento! ¡Ah, Señor! ¡Y pensar que olla, que aun el aire no querría que la tocase, está a la hora de ahora en manos de esos bandidos, me vuelve loco!

Cruzados los brazos y entregado al ímpetu de los tormentos, en vano intentó excusar los suspiros que del alma le salían ni fué parte a cortar el manantial de lágrimas con que solemnizaba su infortunio, el cual movió al pastor y al anciano, quienes no podían por menos que hacerse copartícipes de su dolor, y aunque querían disimular reventaban de pena, a arrasárselos asimismo los ojos de ella, poniendo, aunque en vano, todos sus esfuerzos en que tomasen color de lo contrario para no añadir aflicción a la del ya desgraciado mancebo y por dar más pena al que nadaba en ellas.